

Juan José Hoyos:

“Un buen reportaje nunca te hace aburrir”

Eduardo Domínguez Gómez

Resumen

El historiador Eduardo Domínguez G. entrevistó al escritor y periodista Juan José Hoyos a propósito de su texto para la colección “Legado del Saber” que publicó la Universidad de Antioquia en las conmemoraciones de su bicentenario. La presente versión para Folios une dos conversaciones que sostuvieron los dos profesores de la Facultad de Comunicaciones, una en la Emisora Cultural Universidad de Antioquia y la otra en el Centro de Producción Audiovisual de la misma universidad. *

Palabras clave: Periodismo, literatura, reportaje, crónica, narrativa, prensa, noticia.

Abstract

Historian Eduardo Domínguez G. interviewed the writer and journalist Juan José Hoyos apropos of his writing to the collection “Legado del Saber” published by University of Antioquia in the celebration of its bicentenary. This version for Folios joints two conversations held by both teachers of the Faculty of Communications, one presented in the Cultural Radio Station of the University of Antioquia and the other in the Production Center for Audiovisuals of the same University.

Key words: journalism, literature, report, chronicle, narrative, journals, news.

Juan José Hoyos Naranjo, periodista y escritor, licenciado en comunicación social y periodismo de la Universidad de Antioquia, fue corresponsal y enviado especial del periódico *El Tiempo* de Bogotá; director y editor de la *Revista Universidad de Antioquia*. Ha publicado las novelas: *Tuyo es mi corazón* y *El cielo que perdimos*; publicó dos libros de reportajes: *Sentir que es un soplo la vida* y *El oro y la sangre*, con este último ganó en 1994 el premio nacional de periodismo Germán Arciniegas. Ha hecho investigaciones históricas sobre el reportaje en Colombia, de las cuales da testimonio en dos obras recientes: *Periodismo y literatura, el reportaje en Colombia*, publicada por Hombre Nuevo Editores, y *Un pionero del reportaje en Colombia, Francisco de Paula Muñoz y el crimen del Aguacatal*. Una de sus obras más recientes es *Escribiendo historias. El arte y el*

oficio de narrar en el periodismo, una profunda reflexión sobre el periodismo que tiene como telón de fondo las relaciones entre periodismo y literatura.

Usted ha sido uno de los autores más prolíficos en los últimos tiempos en lo que tiene que ver con el reportaje en Colombia, la pasión de su vida, por su oficio como periodista y literato. Su texto sobre periodismo y literatura para la colección “Legado del Saber” lo denominó “Literatura de urgencia”, ¿qué quiere decir esta frase?

Yo recogí esas palabras dichas por Álvaro Cepeda Samudio porque me parece que es la mejor definición para el periodismo de estilo narrativo. La historia del periodismo está llena de contribuciones muy importantes de grandes escritores con la creación de nuevos estilos, saltos que han quedado en una frontera inclasificable. Creo –y lo he tratado de comprobar en Colombia y en la

* La transcripción de ambos materiales la hizo la estudiante de Comunicación social – Periodismo Alejandra Jaramillo Zapata, del semillero de investigación Sin Facciones, Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

historia de la literatura y del periodismo mundial— que el reportaje es literatura; un tipo de literatura que no es ficción. Casi todo el mundo asocia la literatura con la ficción, y resulta que la literatura tiene tanto que ver con la realidad como el periodismo. Lo que pasa es que el periodismo aborda la realidad de un manera completamente directa, la literatura lo hace de una manera simbólica, más indirecta, pero ambos ejercicios tratan de la realidad.

La denominación se debe a que el periodismo se hace al calor de los acontecimientos, por eso Álvaro Cepeda lo llamó *literatura de urgencia* y me parece que es la mejor definición para el reportaje, género narrativo por excelencia, de verdad el género mayor del periodismo.

Pero tiene una característica: a pesar de que es la literatura de la urgencia no tiene la urgencia de la chivá, sino que se puede tomar su tiempo, organiza todas sus piezas, argumenta, demuestra.

En ese sentido, es el género del periodismo que pervive, que se junta con la historia, que trabaja con unos métodos muy parecidos a los de la antropología, a los de la sociología. Pero en últimas, trabaja con métodos parecidos a los de la literatura. No le preocupa el afán de la chiva, como se dice en el argot nuestro, no le preocupa llegar primero al lugar. Lo que le preocupa es contar la historia bien contada y contarla toda; eso es lo que ha desaparecido mucho en el periodismo de nuestro país, de eso se ha quejado Gabriel García Márquez, se ha quejado Daniel Samper, quien hizo la mejor antología de reportajes colombianos. Desafortunadamente en los periódicos esas quejas aún no se han recibido como se deberían recibir para resucitar el periodismo narrativo, porque yo creo que esa es la salvación del periodismo escrito, es el reto del periodismo escrito hacia este siglo.

¿Cuál fue el origen del reportaje?

El reportaje empezó cuando los periodistas salieron de las redacciones a buscar las noticias y las historias. Los periodistas del siglo XIX no salían, opinaban sentados, por eso el gran género fue el artículo o ensayo. Con la introducción del telégrafo empezó a cambiar el oficio y apareció el estilo informativo, luego la crónica evolucionó y se combinó con la entrevista. Entonces apareció el reportaje moderno.

¿Y un lector no formado en periodismo cómo diferencia una crónica de un reportaje, de un informe literario o de un ensayo?

Realmente la diferencia entre *crónica* y *reportaje* es muy difícil de establecer por un lector promedio, incluso por un periodista, y, además, no importa mucho la diferencia. Simplemente es que la *crónica* es un relato donde se entremezclan las opiniones personales y se oye más la voz personal del autor y de pronto es más corta y “más literaria”. Lo que sí diferencia el lector inmediatamente es un género con estructura narrativa, llámese *reportaje*, *entrevista* o *crónica*. Pero el género que los reúne y los condensa a todos es el *reportaje*.

Las discusiones académicas no me interesan, hay mucha gente que lee el reportaje y dice “es una crónica”. Eso no importa, son minuciosidades. Simplemente, el reportaje es una historia, una historia sobre la realidad y con datos verificables.

¿El reportaje, como la literatura, es una creación imaginaria del periodista?

Para crear un reportaje uno tiene que ir al lugar de los hechos, hablar con la gente, hacer entrevistas. Y para escribirlo tiene que narrar. El género narrativo por excelencia, desde la antigüedad, antes de que existiera el periodismo, era la crónica; entonces también tiene que hacer crónica; y como tiene que investigar profundamente, simultáneamente hace periodismo investigativo. Lo que pasa es que se trata de un periodismo para narrar no para denunciar, como se hace habitualmente.

A un buen reportaje lo identifica una buena historia, tiene investigación y no se pone a opinar, adjetivar; tiene la fuerza de los hechos. Gabriel García Márquez lo dice de una manera simple: “toda historia que sea contada, bien contada y que todos los hechos sean reales, comprobables, verificables, es un reportaje”.

¿El reportaje admite la opinión del periodista?

Sí, porque no es que en el reportaje no se pueda opinar sino que el peso lo tienen los hechos. La forma de contar los hechos y el punto de vista presentan una opinión, pero es demostrada. El peso de la opinión no lo llevan los adjetivos, no lo llevan los insultos, lo llevan los hechos, por eso yo diría que el reportaje es pura poesía de la acción, pura poesía de los hechos

Si le pidieran evaluar, ¿cuáles criterios aplicaría para definir un buen reportaje?

Ya me ha tocado esa tarea tan difícil. Yo diría que un reportaje es evaluado inmediatamente sin complicaciones: un buen reportaje nunca te hace aburrir; capta al lector como lo hace una buena novela. Porque esa es la esencia del reportaje, como lo define el periodista y escritor mexicano Vicente Leñero: “pequeña novela de la realidad cotidiana”. Me parece una gran definición. Gabriel García Márquez también dijo: “toda historia que sea comprobable, cuyos hechos sean verificables, es un reportaje”. Entonces si yo voy a evaluar un trabajo de esos primero que todo juzgo su veracidad —veracidad y no solo verosimilitud—, correspondencia con los hechos comprobables de la realidad. En la novela hay verosimilitud, o sea que parece verdad; el reportaje tiene que ser real, tiene que ser verdadera la historia. Tiene que ser exacto, no en el sentido matemático sino en la exactitud de la verdad; tiene que ser muy bien investigado, tener lo que llamamos en nuestro argot una buena labor de reportería. Reportería viene de la palabra reportaje.

La calidad argumentativa no importa en un reportaje porque en él no se trabaja fundamentalmente con argumentos. Se puede trabajar con argumentos, sí, pero presentados en forma narrativa. Un reportaje tiene una tesis —como hay novelas que la tienen— pero es el tipo de exposición lo que le imprime carácter propio: el

reportaje se argumenta con imágenes, con escenas, con historia. Ante todo, su esencia es narrativa. Si en un reportaje hay una buena narrativa, está bien investigado y es veraz, ése es el gran reportaje.

¿Como fue su encuentro con el reportaje?

Yo vengo de la literatura: primero quería ser escritor, y empecé a estudiar periodismo porque me gustaba narrar; entonces muy rápidamente entré en contacto con ciertos autores que a la vez eran escritores y periodistas, es más: escogí la carrera por eso.

Soy un amante de la prensa colombiana del siglo XIX, me parece de gran calidad. Empecé a leer y escribí un primer trabajo histórico sobre *la prensa y los partidos políticos*, a pesar de que amaba mucho la literatura, pero también leí muchos textos, ensayos, artículos y sobre eso escribí aquel primer texto. Eso fue inicialmente por los años 70, 73, 78, que estaba estudiando yo en la Universidad y que empecé a trabajar como auxiliar de cátedra en una materia que se llamaba *Historia de la prensa en Colombia*. Ahí me encontré a Jorge Villegas, a Víctor Álvarez, de la carrera de Historia; después llegaron María Teresa Uribe, Jesús María Álvarez, otros profesores como Mario Arteaga. De distintas vertientes nos fuimos encontrando allá, yo iba con mis estudiantes de Historia de la Prensa y empezamos a fichar periódicos a trabajar en eso, desde ahí no me han podido sacar de esa hemeroteca y allá me mantengo.

A veces pensaba que estaba perdiendo el tiempo, porque los periodistas vivimos muy obsesionados con la actualidad. Primero leía mucho autor norteamericano, después me di cuenta de la gran riqueza de nuestra propia tradición; que no sólo existía García Márquez, que también había un Álvaro Cepeda Samudio, gran narrador en el periodismo. Admiré mucho en su momento las crónicas que publicó Germán Castro Caicedo en *El Tiempo*, que para mí fueron definitivas; leí las crónicas y reportajes de Juan Gossaín en *El Espectador*; las grandes entrevistas, crónicas y reportajes que escribió Gonzalo Arango. Esos tres periodistas fueron los últimos grandes narradores que me hicieron buscar de dónde venía la tradición, entonces empecé a meterme a la hemeroteca de la Biblioteca Central a leer prensa del siglo XIX. Encontré grandes cronistas, y entendí que los textos más ideológicos, más argumentativos, servían para una historia de las ideas. A la vez, uno leía esos textos como si fueran actuales, como si fueran novela. Eran pura literatura de la realidad. Entonces me embarqué en un proyecto de investigación y lo presenté a la Universidad, se llamó *Periodismo y literatura: el reportaje en Colombia*.

Lo que sucedió fue que yo me había salido de la Universidad, me fui a trabajar al periódico *El Tiempo* y me di cuenta de que había toda una tradición narrativa en el periodismo de nuestro país. Conocí periodistas viejos que a su vez habían leído grandes maestros. Después de haber hecho trabajo de periodista, sobre todo escribiendo crónicas y reportajes durante casi diez años, regresé a la Universidad e inmediatamente me metí allá a la hemeroteca y empecé a rastrear esa historia.

Esta inquietud me surgió después de una entrevista muy larga con Germán Castro Caicedo. Tengo grabadas por ahí diez o quince horas, una entrevista que la hemos ido haciendo a lo largo del tiempo. Quedé muy inquieto porque Germán Castro estudiaba antropología y en una huelga en la Universidad Nacional se metió a la hemeroteca y dice que ahí descubrió que su verdadera vocación era el periodismo, leyendo los grandes narradores del periodismo colombiano de los años 50, luego de los 40.

Yo, aprovechando que estaba en un medio académico de la calidad de la Universidad de Antioquia, que apoya en los últimos años la investigación de una manera tan decidida, presenté el proyecto y la Universidad me respaldó. Duré dos años leyendo prensa, con ayuda de unos auxiliares. Escribí un ensayo titulado *Periodismo y literatura en Colombia* y una antología, luego seguí leyendo y puliendo la antología, hasta convertirla en un ensayo largo de unas doscientas, trescientas páginas, para un primer tomo, y una segunda parte que es una antología, con un prólogo que explica cómo ha sido el reportaje en Colombia. La obra general se llama así como el documento publicado en la colección "Legado del Saber": *Literatura de urgencia*.

En Colombia se han identificado tres fases del ejercicio periodístico: una primera literaria, argumentativa, polemista y de oficina, que predomina hasta mediados del siglo XIX; una segunda donde emergen la crónica y el reportaje hechos desde la calle, que va hasta inicios de la década del sesenta del siglo XX; ambas destacadas por un alto grado de rivalidad, sectarismo y discriminación ideológica. Y una tercera, más noticiosa y publicitaria que reducen la crónica y el reportaje a menor proporción. ¿Con sus estudios pudo comprobar si esto es válido? ¿Se puede decir que en cada una de esas fases hay también una especie de caracterización propia del reportaje?

En Colombia se creía que el reportaje era propio del siglo XX. Una de las tesis que sostengo —con mucho respeto por la obra *Grandes Reportajes*, de Daniel Samper, la mejor sobre el reportaje en Colombia— es que viene del siglo anterior. Es cierto que hay contribuciones excelentes en los años cuarenta, en los treinta y en los veinte. De hecho, Samper incluye uno de los años veinte en su antología: "El Caballero Duende", seudónimo de Rafael Castillo; hubo grandes escritores como Guillermo Pérez Sarmiento y José Antonio Osorio Lizarazo. Regresando a los años diez encontré que Barba Jacob, Miguel Ángel Osorio, había hecho bellísimos reportajes en Centroamérica que no conocíamos, se reeditó *El terremoto de San Salvador*, y me di cuenta de que había estado en Ciudad de México cuando los ejércitos revolucionarios de Pancho Villa, de Emiliano Zapata y de Venustiano Carranza. Se tomaron la Ciudad de México en la llamada escena trágica. Escribió un reportaje llamado *El combate de la ciudadela visto por un extranjero*. Fernando Vallejo lo menciona en su biografía grande, grande, la mejor biografía que se ha hecho en este país sobre Barba Jacob: *El mensajero*. Ahí seguí.

Encontré, por ejemplo, el relato hermosísimo de un periodista antioqueño, el médico Luis Zea, “Las últimas horas del general Rafael Uribe Uribe”. Como era neurólogo y fue uno de los que operó al general después de que lo hirieron, cuenta toda la experiencia desde que llegó a la casa del general y cómo fue la agonía. Un relato impresionante.

Luego me encontré una referencia que me dio Germán Castro de un libro que había leído de niño en su casa, que su padre lo tenía en la biblioteca y luego lo perdió: *El diez de febrero*, es sobre el atentado al general Rafael Reyes, lo escribió un periodista anónimo contratado por el mandatario y publicado en el primer aniversario del atentado; cubre toda la historia desde el ataque hasta el fusilamiento de los autores.

Usted dice que en ese texto hay algunos elementos escritos por el propio pulso del general...

O tal vez tomados de su diario. El general contribuyó, si no fue que él mismo escribió parte del libro. Otra parte lo escribió alguien muy allegado a la familia que participó en las inversiones en las caucheras del sur del país y en los cultivos de quina.

Otra gran sorpresa: encontramos un relato que se comentaba mucho en la época de la Guerra de los Mil Días y a principios del siglo, pero nunca se volvió a hablar de él. Lo encontró una amiga y con ella he compartido muchos de estos hallazgos porque los dos estuvimos muy cercanos, ella investigando la crónica y yo investigando el reportaje: hablo de Maryluz Vallejo, quien fue profesora de nuestra universidad. Ella me ayudó con una parte de la búsqueda y dio con un relato impresionante sobre el panóptico de Bogotá que ya nadie recordaba. Es un escrito del periodista antioqueño Adolfo León Gómez, preso allá por una acusación completamente falsa —creo que fue por unos versos contra Marroquín o algo así—. Con él estaba presa una cantidad de dirigentes liberales sin ninguna acusación y duraron detenidos mucho tiempo. A él, después de pagada la condena por ese delito de opinión, lo metieron varias veces sin ninguna causa. Era la experiencia del panóptico.

Y por último, para no alargar mucho esta historia, decías que todos los periódicos han sido partidistas. No. Encuentra uno en el siglo XIX ejemplos muy bellos de periódicos que no fueron partidistas, uno de ellos es *El Telegrama*, y otro, el más importante para mí, *El Papel Periódico Ilustrado*, el de Alberto Urdaneta. Ese periódico a mi modo de ver es el que empieza a romper el estilo del periodismo del siglo XIX, panfletario y partidista, e introduce un periodismo moderno en nuestro país. Ahí, por ejemplo, publicó un fragmento de un trabajo que hizo Alberto Urdaneta, llamado *El día de los difuntos*.

Ese periódico, yo creo que inaugura la modernidad de la prensa colombiana, porque casi todos los periódicos del siglo pasado los encuentra uno matriculados en un partido o en otro, en el partido conservador o el partido liberal, en el bando de los centralistas o de los federalistas, en el bando los bolivarianos o en el bando los santanderistas. Urdaneta, que era hijo de

un general conservador, estaba cansado ya de esa prosa partidista que no reconocía que el otro podía tener también ideas; hace un periódico bellísimo, al estilo de los mejores periódicos del mundo, con grabadores españoles y franceses. Él era pintor, se gastó su herencia en sacar ese periódico y le dio participación a gente de todos los partidos políticos. Fue la primera vez que personas de todas las vertientes ideológicas empezaron a escribir de lo que hemos sido en nuestro pasado y en nuestro presente. Ese periódico inauguró —además de las ilustraciones bien hechas— una serie de relatos como el del mismo Urdaneta, donde narró la historia del cementerio Central de Bogotá, hasta reportajes como los que hizo en París, contando cómo se esta negociando con los franceses la construcción del canal de Panamá, mostrando el peligro de que se metieran norteamericanos en esa negociación haciendo fracasar la Compañía Francesa y aprovechando ese fracaso se apoderaran del canal, como sucedió. Y todo eso visto por toda la inteligencia colombiana, sin colores, sin partidos, olvidando esas guerras civiles fratricidas y haciendo periodismo de alta calidad.

Otro periódico no partidista fue *El Telegrama*. Tal vez el primero que intentó circulación nacional.

¿El Telegrama no se circunscribió a Bogotá?

Circuló fundamentalmente en Bogotá pero también nacionalmente, lo que sucede es que los periódicos del Siglo XIX fueron todos por suscripción y muy costosos, además de que el periódico valía mucho debían pagarse los portes de correo. *El Telegrama* tuvo una gran ventaja frente a los otros periódicos: fue el primer diario colombiano y el primero en matricularse en la escuela más moderna del periodismo en ese momento porque contrató servicios cablegráficos, por supuesto muy limitados en la época porque aquí no existía telégrafos sin hilos. Yo creo que ya se estaba inventando pero no había llegado a Colombia, entonces tenían que traer los telegramas de las agencias noticiosas; desde Guayaquil, Ecuador, los traían en barco hasta Buenaventura y luego los llevaban en mula hasta Bogotá. Aun así eran primicias en la época.

¿A quién considera el pionero del reportaje en Colombia?

El primer trabajo importante fue de Francisco de Paula Muñoz, a mi modo de ver es el pionero del reportaje en Colombia. A raíz de este trabajo inicié otra investigación dedicada solamente a su obra titulada *El crimen del Aguacatal*. Yo creo que es el primer gran reportaje colombiano. El hecho narrado allí causó una gran conmoción en todo el país porque se trató del primer registro detallado de un genocidio. Este reportaje es de 1874 y publicado en el 75, inaugura ese género en Colombia.

Usted habló de un detalle interesante para la historia del crimen en Colombia: alguno de los capos de mafia que estuvo preso tenía entre sus haberes una copia de este librito.

Sí, lo estaba leyendo en prisión y fue encontrado por las autoridades que allanaron la celda de la cual escapó.

Y que ese hecho de sangre también dio pié al cambio de ortografía en el apellido de una familia antioqueña....

Pues un genealogista me dijo que Escobar se escribía hasta entonces con v, y que después del crimen llamaban *Escobares hacheros* a los descendientes de Daniel Escobar, el principal sindicado y condenado por ese crimen. Desde entonces muchos Escobar empezaron a ponerse el apellido con b. Encontré referencias de este cambio en la prensa de la época.

Al escuchar estos casos uno piensa en un género muy usado entre finales del siglo XIX y principios del XX. La novela de folletín. ¿Por qué no lo sedujo ese campo y se quedó con el reportaje?

Porque la novela de folletín es simplemente la novela divulgada por entregas periódicas. También influyó en la estructura del reportaje, lo que pasa es que me seducía más el reportaje porque contaba la época, contaba nuestra historia. De las novelas de folletín que circularon en la prensa del siglo XIX casi todas fueron francesas, hubo muy pocas novelas criollas que circularan como folletín, empezaron aparecer ya a finales del siglo. Jorge Alberto Naranjo ha estudiado muy bien esta historia y aquí en Antioquia tenemos una tradición muy rica en ese sentido. Yo preferí lo que Truman Capote llamaba *la literatura de la realidad*; eso no quiere decir que la literatura no se ocupe de la realidad, lo que sucede es que en el periodismo se preocupa con exactitud, no con verosimilitud sino con veracidad, diciendo totalmente la verdad.

¿Por que decayó el reportaje? ¿Su principal competencia dentro de la prensa fue la noticia o fue la publicidad?

Yo diría que la mitad del siglo XX fue el momento de oro del reportaje, fines de los cuarenta hasta los sesenta. Ahí hay una generación a la cual pertenecen Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Germán Pinzón, Álvaro Pachón de la Torre, generación muy brillante. Empieza a decaer a fines de los sesenta, yo creo que quedan como últimos exponentes de ese género Gonzalo Arango, Juan Gossáin, en su época de *El Espectador*, del cual acabamos de publicar un libro en la editorial de la Universidad de Antioquia, en la colección de periodismo, y que se llama *Crónica del día*. Queda también el trabajo inicial de Germán Castro Caicedo y de algunos reporteros de *El Tiempo* ya un poco olvidados como Gonzalo Castellanos. Yo sinceramente no sé qué pasó, pero me da tristeza que la prensa colombiana se haya empeñado en competir con todo el desarrollo que tuvieron los medios electrónicos como la radio y la televisión. Competir en un terreno en que no puede competir que es el de la inmediatez y ahora con lo del Internet todavía peor. Lo que pienso es que aquí todo nos llega tarde, los periódicos fundamentales de todo el mundo han entendido, como lo dijo Tomas Eloy Martínez en una conferencia muy famosa en la Sociedad Interamericana de Prensa: "El reto del periodismo del siglo XXI, o sea la salvación es volver a narrar, volver a investigar". Y acá no hemos podido comprender eso, pero llegará el día en que comprendamos.

¿Cuál valor tiene para los periodistas y los comunicadores en formación estudiar el reportaje?

Yo creo que para los estudiantes y en general para los narradores que están formándose en la universidad, el reportaje es el mayor reto; es el género que los hace enfrentar a la realidad de una manera total, el que les da las herramientas narrativas para contar esa realidad de una manera profunda, más completa. Yo diría que quien domina el género del reportaje domina todos los géneros del periodismo, incluso la opinión. Quien sea capaz de escribir un buen reportaje, es capaz de escribir un buen artículo, una buena noticia, una buena entrevista, porque es el género que los resume a todos. Es el canon narrativo en el periodismo.

¿Atenta contra la buena prensa la calidad de la ortografía y de argumentación que tienen los jóvenes hoy, acosados por la velocidad con la que han pasado por las clases de castellano y las urgencias electrónicas?

Yo sí creo. En ese sentido tenemos que luchar porque los periodistas que se formen, ante todo se formen en la lengua materna. Pero no sólo los periodistas, todos los profesionales, yo creo que hay un gran descuido en una generación de nuestro país por la lengua materna y yo creo que un ingeniero tiene que saber expresarse, un abogado, un profesor. Venimos con un vacío de lengua materna y de saber manejar esa lengua desde el bachillerato, desde la primaria. Y creo mucho en lo que decía un gran periodista y gran escritor italiano: si no somos capaces de comprender las leyes que domina 28 o 30 signos que tiene el alfabeto, ¿cómo vamos a pretender comprender las leyes que gobiernan la sociedad, el mundo, el universo?

¿Cómo reciben el reportaje las nuevas generaciones de periodistas?

He encontrado excelentes narradores que, por supuesto, casi todos son excelentes lectores, porque es muy difícil que haya un buen narrador sin que sea un buen lector. Aunque también he encontrado algunos narradores de esos que llaman narradores en bruto, narradores natos, pero se tienen que pulir leyendo y escribiendo. He encontrado un grupo muy interesante, y fuera de eso hemos promovido una actividad de lectura a través del "Club de Lectura John Reed", en homenaje al periodista norteamericano, y ahí se han congregado muchos de los mejores narradores de ese grupo. Es un grupo abierto, incluso va gente de otras facultades, gente que degusta la literatura, y allá se habla de periodismo, de literatura, de poesía. Y se habla de una manera informal.

En nombre de la Emisora Cultural, el Canal U y nuestra Facultad, permítame agradecerle y decirle que es un honor contar con su trabajo profesional, sus palabras de aliento y sus orientaciones oportunas para la formación de los nuevos periodistas y comunicadores.

El honor y el agradecimiento son míos porque si no hubiera tenido el respaldo que he tenido y no hubiera encontrado en la Universidad lo que he encontrado: esa casa del pensamiento que ha acogido a tanto escritor, a tantos estudiosos en nuestra región y en nuestro país, desde hace doscientos años, yo no habría podido hacer nada de estas cosas de las que hemos hablado. ■